

TOMÁS CARRASQUILLA

# UNA PLUMA ALQUILADA



I

**E**n enero de 1890 había cumplido 32 años y todavía era alguien que no sabía muy bien qué hacer con su vida. Nunca le había atraído la vida conyugal, y como cuando algo no atrae no se le busca, si algunos ojos lo habían mirado con anhelo, no se había enterado. Tampoco tenía un oficio que le permitiera entablarse económicamente: allá, en sus años mozos, se había ensayado con estudios de Derecho, más por complacer a sus padres que por vocación, pero cuando la universidad se cerró por culpa de una de las tantas guerras que azotaban al país desde que él tuvo conciencia —la primera vez que supo de estas guerras no alcanzaba aún los tres años—, no dejó pasar la oportunidad y renunció para siempre a un futuro de pleitos y juzgados. Declaró entonces, con la autocracia tan propia de la voluntad juvenil y ante el asombro de padres, amigos y vecinos, su nueva decisión: quería ser sastre. No sin reticencia, por el sentimiento de fracaso que inevitablemente en toda familia acarrea el renunciar en su hijo a una carrera con más prometedoras oportunidades, los padres hicieron de la necesidad, virtud. Y como en esta ocasión sí había vocación, pronto fue un conocedor de telas, colores y texturas, de modas y perendengues, y pudo

abrir su propio taller nada menos que en un lugar céntrico de la entonces capital del Estado Soberano de Antioquia: Medellín. Sin embargo al cabo de algunos años comprendió que si había conseguido muchos amigos —sociable como era, no perdía oportunidad para mezclarse con gente de toda condición y asistir a cuanta tertulia abriera sus puertas—, no había conseguido más que unos pocos clientes que apenas si le daban para satisfacer medianamente sus necesidades básicas. Así que después de pensarlo, canceló sus deudas, devolvió el local a su propietario, y con sus pocas pertenencias emprendió el camino de regreso a su pueblo natal, Santodomingo, nombre que honraba a aquel fundador de la orden que luego se haría famosa por su celo inquisidor, y puesto bajo el patronato de Santa Bárbara por ver si protegía a sus habitantes de la furia de las tempestades que, sin importar si era invierno o verano, amenazaban casas y pobladores, animales y sembrados.

Así pues, en aquel año de 1890, Tomás Carrasquilla —que de él se trata— vivía aún, a pesar de sus 32 años, en la casa materna, con una profesión abandonada, sin proyectos matrimoniales en perspectiva —esto es, lo que la común gente llama vida de adulto— y entregado a los dulces placeres del ocio y de la lectura, descubiertos desde su época de universitario.

## II

No se sabe quién ni cuándo le entregó la invitación, o si fue enviada por correo, ni si fue en Santodomingo o durante algún viaje a Medellín del mismo Tomás a visitar aquel hogar de Domingo Álvarez y su

tía Clara Rosa Carrasquilla que fue su albergue mientras vivió en Medellín, pero lo cierto es que en el año ya mencionado recibió aquella nota que, aunque en el momento nada permitía presagiar —como suele ocurrir con todo lo que acontece en el fugaz presente—, estaba cargada de futuro.

La firmaba Carlos E. Restrepo (quien aún no sabía que en 1910 llegaría a la presidencia de la república), en representación del Casino Literario —tertulia que desde 1887 reunía un grupo de jóvenes que amaban ejercitarse “en la composición, leer y procurarse ratos de solaz y expansión por medios honestos”—. En ella lo convidaba a unirse a ese grupo de lectores y escritores en agraz, que solo tenía una condición para recibir a un nuevo miembro: realizar un ejercicio de escritura como carta de presentación. Algo debían saber en aquella tertulia de las habilidades del invitado, pues cuesta imaginar que se atrajera así, de buenas a primeras, a un completo desconocido. Algo sabían...

Galantería imposible de rechazar le pareció a Tomás aquella invitación, y como aceptarla era escribir, se puso en la tarea luego de discurrir si sería una crónica —género en el que él y su amigo, Francisco de Paula Rendón, se ensayaban de tarde en tarde—, un ensayo sobre alguna lectura reciente —que pronto descartó, pues podía parecer pedantería— o un cuento. Sí, sería un cuento. La anécdota iba a ser todo menos una sorpresa, pues ya sabía que la verosimilitud es una regla que ningún narrador puede irrespetar. Imaginó entonces a un niño que tendría como disfrute insuperable los cuentos y consejas de una vieja criada.<sup>1</sup>

El niño sería el benjamín de la familia, y la criada una mujer negra que en su juventud había sido esclava y que luego de aquella “misericordiosa” ley de 1852, que le otorgaba la libertad, no encontró qué hacer con tamaño regalo y regresó a servir a casa de sus señores. Regresar y prendarse de aquel niño fue lo mismo, y aquí del cuidado y el agasajo, de los mimos, de la inventiva *jugueteril* y de explayarse en aquellas narraciones donde, en virtud de un misterioso don sobrenatural que obra tanto para el bien como para el mal, unas veces triunfa la humildad y otras la astucia. Y como toda alma infantil aspira a emular al héroe que lo fascina...

El cuento dio el golpe, y con el título de “Simón el mago” fue incluido en la compilación que, para celebrar el tercer aniversario del Casino Literario, mandó imprimir Carlos E. Restrepo. No le valió a Tomás el uso del anagrama Carlos Malaquita en el que se resguardó, pronto fue identificado y las llamadas a no desperdiciar esas dotes de narrador que Dios le había otorgado no se hicieron esperar.

No se equivocaban esas llamadas. “Simón el mago” podía ser el cuento de un novel escritor, pero no el de un principiante. El colorido descriptivo; el humor ágil capaz de contenerse en momentos en los que el desarrollo de la anécdota gira hacia lo ridículo (el enojo final de la criada, para poner un caso), y de atemperar la escena de la vergüenza y del temor infantil ante las consecuencias de sus actos; esa inolvidable Frutos —que tal era el apelativo de la antigua esclava— para quien sabe sentir la profunda necesidad de ofrecer amor a alguien —o aunque sea a algo, como años después aparecerá de nuevo en el cuento “La mata” —, de disfrutar con los remilgos de la vejez y con la creencia ingenua en la conseja; esa sentencia final que conjuga el presente y el futuro y tantas cosas más de la condición humana, todo en él era de la mejor factura literaria.

Y como no le era dado a cualquiera desplegar tanta habilidad narrativa, la apuesta debía doblarse.

### III

Y el monto no era poca cosa: adentrarse en los caminos de la novela utilizando como marco de la anécdota a Antioquia. Marco que parecía imposible a aquellos tertuliantes formados en la lectura de autores como Dumas —con su Montecristo y sus mohicanos—, Chateaubriand —con su *Atala* y su *René*— o *El Quijote* con sus molinos de viento: ¿no era patente en todas estas obras que el largo aliento de la novela requería de sociedades ya maduras en las que el pasado —material y espiritual— daba espesor al presente? ¿Y cómo encontrar ese aliento y ese espesor en una Antioquia que entonces era una dispersión de pueblos pequeños en los que rezar, trabajar y entrometerse en la vida de los vecinos parecía ser toda la ocupación de sus habitantes? Sí, Antioquia era reciente, y parecía que en aquella segunda mitad del siglo XIX no existían todavía aquellos rasgos (marco en el sentido literario) que, al mismo tiempo que dan identidad a una época y a un lugar particular, elevan a condición humana, muy humana, los afectos y pasiones de los personajes.

Una vez más Tomás se puso en la tarea, y cinco años después la novela estaba lista para impresión. Le había puesto por título *Jamones y solomos*, no porque se tratara de asuntos cárnicos, como cualquier desprevenido puede suponer, sino porque denotaba la edad de los personajes que figuraban en su obra: cuarentones (jamones, como se les decía entonces y aún hoy) eran los miembros de la familia Alzate, y apenas salidos de la adolescencia (solomos) eran Martín Gala y Pepa Escandón. No contentos con el título, los impresores —que quizá pertenecían al grupo de los desprevenidos— impusieron el cambio, y la novela fue entregada al público bajo el amparo de *Frutos de mi tierra*.

Bien pudo parecerles a aquellos compañeros de tertulia que Tomás había cumplido con “ñapa”, y que en lugar de una novela entregaba dos: la novela de las miserias, odios y mezquindades de la familia Alzate, y la novela de los amores contrariados y al fin

Si pronto se reconoció la calidad literaria de *Frutos de mi tierra*, aquel espejo del mediodía no se reveló de igual forma a los lectores: algunos vieron en él costumbres antioqueñas de las que no hacían parte, otros mojaron tinta para mostrar la distorsión de la imagen.

alcanzados de Martín y Pepa, porque fuera de un pasaje en el que ambas anécdotas se cruzan, nada las comunica desde el punto de vista narrativo.

Sería demasiado echar aquí cartilla sobre tamaña separación tan inusitada y que ha dado tanto material al oficio de los críticos, pero vale anotar que quizá esta independencia anecdótica cumple su papel si se la mira por el lado de la contraposición que tanto acerca y tanto separa —como diría San Agustín— el cieno y el cielo (procedimiento del que Carrasquilla se valdrá, menos visiblemente, en novelas posteriores). De lo que sí no cabe duda es que el autor encontró en acontecimientos históricos, en la literatura en boga y en las nimiedades de la vida cotidiana, materia prima suficiente con que construir el marco referencial y el devenir de los personajes, y que lo hizo con aquellas calidades literarias que sus coterráneos habían descubierto en su primera salida: un narrador omnisciente que maneja impecablemente la lengua; maestría en la descripción (prueba al canto: la descripción de la falda del Cucaracho o aquel erotismo que se solapa en la juventud que se disfraza); humor que a veces se parece a la compasión (tal la “embestidera” que acomete a Filomena Alzate con la llegada de César y el desarrollo de un amor tan peregrino) y otras atempera lo ridículo y lo vulgar (allí del capítulo subtítulo “El vuelo” o del diálogo de Mazuera con don Pacho Escandón).

Pero lo prosaico de la vida no está en la vida misma, sino en sus actores que, al revelarse literariamente como tipos, le permiten a la ficción explorar aspectos, más o menos

ignorados, del ser humano. ¡Y qué tipo es ese Agustín Alzate! Representante eximio del imperio del yo que anida en corazones sin cultivo, su transcurrir por la novela se constituye en una exploración del “desabrimiento, el malestar, el encono, la rabia sorda y la envidia entrañable” que microbio tan falaz impone al huésped que lo aloja.<sup>2</sup> No le va a la zaga su hermana Filomena, con su alma de tendera y el triunfo inesperado de su soledad de solterona que, a las diez de última, sacrifica su ambición al autoengaño de la vanidad y del amor imposible (mucha tela se puede cortar en ese espejo que en la semioscuridad del amanecer oculta su fealdad para revelársela al mediodía). La “ignorante humildad” de Nieves, la juventud que se nutre de inconsciencia y apariencias... y, una vez más, la criada, la maravillosa negra Bernabela, con la sabiduría que engendra no el conocimiento, sino la lealtad y la nobleza de corazón.

Si pronto se reconoció la calidad literaria de *Frutos de mi tierra*, aquel espejo del mediodía no se reveló de igual forma a los lectores: algunos vieron en él costumbres antioqueñas de las que no hacían parte, otros mojaron tinta para mostrar la distorsión de la imagen. Unos y otros olvidaban que la universalidad de la ficción puede estar más cerca de algunas verdades esenciales de la naturaleza humana que la descripción —por minuciosa que ella sea— de un hecho histórico concreto.

#### IV

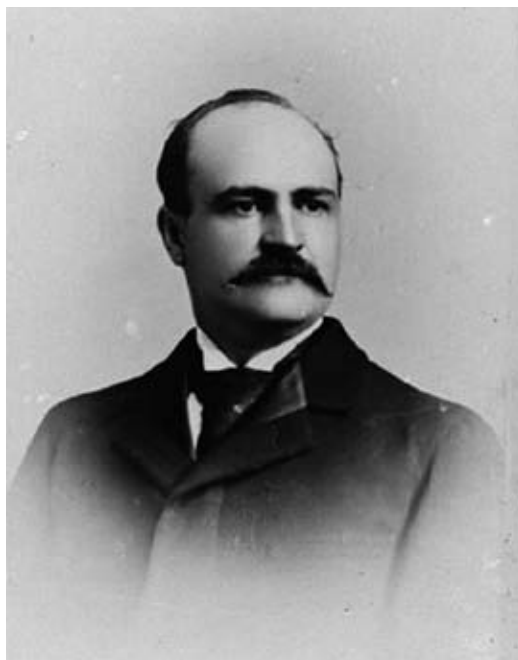
No fue pues Tomás —como tampoco lo fue Jonathan Swift, al decir de Samuel Johnson—, “una de esas cabezas que

asombran al mundo con una fertilidad temprana”:<sup>3</sup> cuando *Frutos de mi tierra* llegó a manos de los lectores, se acercaba ya a los 38 años. Pero una vez expuesto al público, de nuevo los llamados a continuar por el camino recientemente abierto no se hicieron esperar y definieron su destino.

Quienes primero tocaron a su puerta fueron Gabriel Latorre, Mariano Ospina Vásquez y Francisco Gómez, que por entonces estaban empeñados en llevar adelante una revista literaria con el título de *El Montañés*. La amistad y quizás —que sobre esto no es posible tener certeza— alguno de esos relumbrones que produce la letra de imprenta facilitaron su decisión.

Nada desdeñoso de la cultura popular, y echando mano de ese placer de la escucha que ya había explorado en “Simón el mago”, comenzó por consignar en letra de molde la historia de aquel Peralta que corría por pueblos y montañas de Antioquia en boca de mineros y de viejas memoriosas. Copiaba en esta ocasión Tomás, y copiaba a la vez el relato y la voz campesina del narrador que, con el placer de quien se sabe escuchado, lleva a su protagonista de una vida cotidiana dedicada a servir al prójimo, pese a su pobreza, a los eventos extraordinarios desencadenados por la visita de aquel par de peregrinos que “parecían mismamente el taita y el hijo”. Extraordinarios, más aun que aquellos protagonizados por gigantes, castillos y princesas encantadas, pues ¿quién, como Peralta, logró detener la muerte, vencer al diablo y obligar al cielo a instituir la práctica de la reencarnación? Algunos habrán que vencieron a la muerte y hasta al diablo, pero ninguno que se haya atrevido a tanto con el cielo.

Solo dos meses después de publicar “En la diestra de Dios Padre”, que así se tituló el cuento copiado, Carrasquilla entrega a la revista *El Montañés* “Dimitas Arias”. La historia transcurre en un pueblo colgado de la cordillera y alejado de toda civilización: una enfermedad ha dejado tullido a un campesino, y compadecido el cura del lugar por el estado de miseria y postración en



Tomás Carrasquilla, en la década de 1910  
Fotografía Melitón Rodríguez, cortesía BPP

el que cae el enfermo, decide enseñarle las primeras letras. Finalizada su tarea, reúne a sus feligreses para anunciarles que por obra y gracia de cura y tullido el pueblo tiene escuela y maestro, y que todos los niños deberán entrar por la carrera de la sabiduría.

Y sobre la anécdota, la estructura narrativa. De la descripción de la escuela al aula de clase, donde el lector se entera del método de enseñanza mutua que por entonces reinaba en las escuelas públicas, de los materiales utilizados y del difícil manejo de la disciplina para aquel maestro tullido. Terminada la jornada escolar, la narración se adentra en la historia antigua del maestro, personaje hecho de dolor y resignación. Al volver a la escuela, se perfila con precisión el carácter y las anécdotas de Carmen Aguirre, personaje que, significativo en la misión pedagógica del tullido, lo es más aún en su muerte. Porque significativo es el doble engaño que da cierre al cuento: el que ya viejo teje el tullido agobiado por la “nostalgia de la niñez”, y el que teje el corazón compasivo de Carmen.

A los dos cuentos reseñados se agrega, en este año de 1897, “Blanca”, historia de



una niña que era el “mimo y la plata labrada” de su familia. Vendrá luego, en 1898, una recreación de la leyenda del “Ánima sola”, que nada tiene que ver con aquella Celestina Abdénago que se negó a dar de beber a Cristo en la cruz, y mucho con la insinuación equívoca y la calumnia. En 1899 ejerce por primera vez como periodista con la crónica “El baile blanco”, y publica el cuento “San Antoñito” y la novela *Luterito*.

No consta que Carrasquilla conociera aquel *Tartufo* de Molière —autor que aparece solo una vez en toda su obra (en *Hace tiempos*) para referirse a la lengua del autor y no a su obra—, pero aquel Damiancito Rada, protagonista de “San Antoñito”, es de su estirpe. Y aunque comparte con el de Molière la falsa beatería, no comparte la torpeza del francés que lo hace revelarse pronto ante el lector. Muy tarde, en efecto, se revela este Tartufo antioqueño, y si gracias a pinceladas llenas de ironía el lector entra en sospecha, no les pasa lo mismo a aquellas mujeres que lo acogen y que no podrán contar —como el de Molière— con aquel príncipe que en su sabiduría castiga el engaño y al engañador. Sin recibir el alivio de la justicia y solas, tendrán que lidiar con su rabia y su deseo frustrado.

¡Lástima de *Luterito*: poco anduvo por el mundo cuando ya le habían cambiado su nombre por el del personaje: “Padre Casafús”! Sí, porque dice tanto aquel primer nombre con todo y su diminutivo. En el marco de aquella guerra de 1876, en la que Antioquia levantó la bandera de la religión, y en un ambiente pueblerino de “rencillas, siempre palpitantes, de enconos inveterados, anticristiano en su intolerancia y en su misma gazmoñería”,<sup>4</sup> aparece este Lutero pequeño... Lutero de aldea, incapaz de sentir compasión por el hambre de su sobrino o de sus hermanas, incapaz de aplacar con palabras sencillas los escrúpulos de su benefactor y compañero de curato, porque adolece de esa pasión condenada desde los tiempos de Luzbel: la soberbia. Y como este habrá de caer. Pero no siendo ángel, sino hombre, su infierno no tendrá llamas, tendrá hartura.

## V

No estallaron cohetes de colores en los cielos colombianos anunciando la llegada del siglo xx. Si algo se escuchó fue la resonancia del tambor y el disparo de los cañones para recordar a quienes quisieran celebrar que desde hacía algunos meses el país nuevamente reclamaba la sangre de sus ciudadanos. La duración de aquella nueva contienda le dio su nombre: “guerra de los mil días”, y de su ferocidad testimonia uno de sus más insignes protagonistas, el general Rafael Uribe Uribe:

A nuestros nietos, a los que vengan a la vida después de este ciclo de horrores, y a quienes costará trabajo comprender el género de insania que nos llevó tantas veces a la matanza entre hermanos, podremos contarles, cuando ya sean viejos, cómo y por qué somos los últimos representantes del fanatismo político, intransigente y cruel, y cómo y por qué tenemos el triste privilegio de haber presenciado el postrer huracán —largo, asolador y terrible, como que duró más de mil días y nada dejó en pie, ni en lo material ni en lo moral— que nos arrastró a los colombianos los unos contra los otros en choque furibundo.<sup>5</sup>

Vana esperanza: el odio y el fanatismo aún no estaban saciados, y de ellos, algunos años después, el mismo general sería su víctima.

De aquella destrucción moral —que no era, como pensaba Uribe Uribe, consecuencia, sino una de esas causas que por habituales se esconden— dejó testimonio Carrasquilla. Fue con ocasión del aviso que Henrique Gaviria Isaza publicó en la revista *El Cascabel*, de la que era director y propietario. A la letra, decía:

Damos el siguiente tema para un cuento corto [...]: Un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente contienda civil y que a su regreso encuentra en su hogar... lo que quieran que encuentre los Sres. Tomás

Carrasquilla, Efe Gómez, Dr. Eusebio Robledo, Julio Vives Guerra, Alfonso Castro, Armando Carrera y K. Ombre, a quienes suplicamos encarecidamente que tengan la fineza de desarrollar dicho argumento.

Acogida la convocatoria, los nombrados —y algunos no nombrados— tomaron pluma y abrieron cuaderno. A los pocos meses, la redacción de *El Cascabel* contaba ya en su haber con diez cuentos. Y como tan buen resultado excedía las páginas de la revista, Enrique Gaviria determinó “echar libro”. *El Recluta* —que no de otra manera debía llamarse— fue entregado al público en febrero de 1901, y allí, puesto por el editor en el último lugar, aparecía el cuento “¡A la plata!”, de Tomás Carrasquilla. No se conocen los motivos que tuvo el editor para esta decisión (¿fue el último en llegar, o había razones más de fondo?), pero lo cierto es que este final desacomoda al lector. Hasta entonces, los nueve relatos habían hecho de la guerra, con sus horrores y miserias, el “personaje”, y al campesino la víctima de ella que, al regresar a su casa, solo tiene un anhelo: recobrar lo dejado (madre, mujer, hijos, vida sencilla), pero he aquí que al llegar al último relato el autor da una “vuelta de tuerca” y de un plumazo borra el drama que se respira en las páginas anteriores: ya no es la guerra el personaje, lo es ese caratejo Longas, hecho para la vida práctica, para sacar ventaja de cualquier circunstancia. No lo amedrentan, pues, ni el reclutamiento ni la separación de su mujer y de su hija: ve en la guerra otra oportunidad, ¡y cuántas ventajas espera sacar de ella! La bolsa llena y un nieto que obligará al patrón.

Toma amarga para sus coterráneos debió ser esta “vuelta de tuerca” que no pintaba de rojo el cuadro ni mostraba las desventuras de tanta víctima inocente. Todo lo contrario: nada melodramático, Tomás fue a buscar su personaje entre los pícaros para dar cuerpo a aquella sentencia que ya había escrito años atrás en *Frutos de mi tierra*: “la basura, como en toda revolución, se

arremolina encumbrada”. Sí, porque mucho dice el título del cuento y ese caratejo que, al igual que los pícaros de aquella literatura española de los siglos XVI y XVII, hurga en el alma social hasta desgarrar las apariencias.

## VI

Si en Medellín o en cualquier otra parte se hizo algún estudio crítico del resultado de aquella convocatoria de *El Cascabel* lo sabrá un investigador juicioso. Lo que sí parece probable es que el cuento “¡A la plata!” reafirmó, en muchos corazones de sus conciudadanos, una malquerencia soterrada contra el autor que se venía cuajando desde la publicación de *Frutos de mi tierra*. Mal antioqueño les parecía: ¿no eran acaso aquellos Alzates, tan comerciantes sin escrúpulos, tan vulgares y egoístas, una hiriente parodia de Medellín y sus habitantes?<sup>6</sup> Y ahora salía de la ciudad y encontraba en el campo, no al campesino sencillo y humilde, sino a aquel caratejo avivato. Sí, nada agradable —por decir lo menos— era la imagen que Carrasquilla daba de esa su patria chica, tan trabajadora y cristiana.

Y esto no era todo: a la imagen distorsionada que hacía de sus coterráneos había que agregarle un modo de ser y unos hábitos que en nada le ayudaban. Amigo de meterse en todas partes, de opinar de modas (no en vano había sido sastre) y costumbres con un lenguaje entre burlón y sarcástico, de habitar la noche con los pecados que ella oculta, además de aquel como afeminamiento en la voz y en los gestos... No, no era Carrasquilla quién para ofrecer a Antioquia y a Colombia entera la vera imagen de esa tierra y de ese “titán laborador” que había exaltado el insigne Jorge Isaacs.

Curado de espantos, y consciente desde que inició sus escribanías de que todo el que publica se pone en vitrina, en 1903 Tomás entrega a los lectores la novela corta *Salve, Regina*, que inicia —como acostumbra decir los historiadores de la literatura— una nueva época en la obra literaria de Carrasquilla.

Porque si bien se mira, *Salve, Regina* carece de la picaresca, del humor ágil y

pleno de colorido que hacía gozar al lector con aquella declaración de amor de Sarito a su Filis en *Frutos de mi tierra*, o con aquella Fulgencita que colma de “mimos y ajonjeos” al tartufo de Damiancito Rada, pues aunque asquenta y “poco amiga de entenderse con ropas ajenas”, con aquel se portaba como “la madre más tierna repasando los indumentos interiores de su unigénito”, en “San Antoñito”. No se encuentran en *Salve, Regina* —ni en las novelas posteriores— imágenes como estas, y a los críticos les corresponde explorar lo que tal ausencia significa. Entretanto, valga decir que no es Carrasquilla un autor carente de recursos, y si se echa de menos su humor, no se puede echar de menos la frase sugerente que tanto revela, ni la maestría en el uso de la lengua, ni la riqueza descriptiva, ni aquellas figuras con las que la ficción sondea su asunto.

Santa María de la Blanca se llama el pueblo donde tiene lugar la historia, porque de “plata y armiño” refulgente en su pureza es la cascada que da el nombre al pueblo que a la Virgen, en su advocación de Inmaculada, ha sido consagrado, y tan pura como la cascada y la Virgen es Regina. Pero poco o ningún mérito tiene la belleza cuando no hay fealdad con que compararla, ni la virtud cuando carece de asedio y, así, aquel paisaje paradisiaco oculto en alguna estribación de la cordillera es agitado constantemente por “huracanes de chismes y de murmuraciones”, de rencillas y enconos; y para Regina el amor que desde la infancia acuna por Marcial Rodríguez —“maestro de todas las maldades”— es el enemigo. Enemigo más poderoso que la virtud misma, porque no importa cuánto se resista la víctima, siempre sus fuerzas serán menores a las que le opone el deseo, ese despeñadero donde las almas —aunque no cedan— se pierden.

Tampoco cedía la malquerencia de sus compatriotas, y en 1905 le es declarada en letra de imprenta por el médico y moralista Alfonso Castro: su más reciente obra, *Hija espiritual*, estaba dedicada “al espíritu excelso, perturbado y maldiciente de Tomás Carrasquilla”. ¿Cómo extrañar entonces

que cuando el público medellinita señaló con el dedo a Laura Montoya —la que hoy es santa— como la malhadada protagonista de aquella novela, que con su fanatismo religioso había enajenado la mente de su discípula, Tomás le sirviera como “corrector literario” de la carta pública que aquella dirigió al doctor Castro?<sup>7</sup>

Curado de espantos, y consciente desde que inició sus escribanías de que todo el que publica se pone en vitrina, en 1903 Tomás entrega a los lectores la novela corta *Salve, Regina*, que inicia —como acostumbran decir los historiadores de la literatura— una nueva época en la obra literaria de Carrasquilla.

No tenía sin embargo Carrasquilla un temperamento que necesitara alimentarse de pleitos. Sin aspavientos y sin respuesta abandonó el campo, y se fue a buscar la calma en las soledades de Argelia de María, municipio situado a siete leguas de Sonsón, donde la familia de Claudino Arango, marido de su hermana Isabel, explotaba una mina en sociedad con los Goldsworthy.<sup>8</sup> Nombrado en propiedad como administrador de la despensa, repartía su tiempo entre despachar los víveres, jugar tresillo o ajedrez, conversar con toda laya de gentes, fumar y saborear el “aguardientico de mi Dios”, y leer y escribir en las horas de soledad. Fue en esa mina donde nació y creció *Entrañas de niño*, novela —al decir del mismo autor— del “género inocente y señorero”, publicada por entregas, entre junio y diciembre de 1906, en la revista *Alpha*.<sup>9</sup>

Señorera es —¡no faltaba más ir a contradecir al propio autor!— por su lenguaje delicado, por las descripciones un tanto idealizadas —pero no por eso carentes de



vigor— de las relaciones familiares —donde sobresale esa abuela que, cerca ya de la muerte, todo lo perdona—, y por ese niño destripador de sapos, autócrata con quien juzga inferior, atemorizado por “las cosas que salen sin que nadie las saque”, sensible ante lo bello y lo heroico —aunque fuese un mandón y un malvado el héroe—, que con lágrimas y torpezas aprende lo que es el remordimiento y las formas múltiples del cariño.



Con algunos paseos a Medellín, para visitar a los suyos y hacerse a nuevos libros, Tomás permaneció en la mina hasta —al menos— 1909. Allí debió engendrarse también *Grandeza*, que se abre con una declaración de principio que rememora tanto aquella apuesta de la que surgió *Frutos de mi tierra*, como los enredos sociales que lo habían puesto en la mira:

Lector amable: de tiempo atrás se me viene solicitando, ya de un modo, ya de otro, una novela, o varias sobre cierta clase social de nuestra ilustre Villa de la Candelaria. Demasiado remiso me he mostrado a tales reclamaciones, no sólo por mi mucha y cultivada pereza, y por el poco producto de estas labores, sino por el temor a los comentarios y chismorreos que ocasionan obras de

esta índole. No es bien grato ser una causa eficiente de las molestias y mortificaciones que la maledicencia y la vulgaridad proporcionan al prójimo, haciéndole creer que está retratado en el personaje más o menos antipático de la novela. [...] No tiene esta obra tesis ni tendencia alguna; ni siquiera lo que se llama un concepto estético: me he propuesto únicamente acumular en una narración cualquiera notas, caracteres y detalles de nuestro ambiente.

Y no fueron pocas las notas que acumuló el autor para hacer de aquella doña Juana Barrameda de Samudio y de su hija Tutú representantes eximias de esas “crueldades asiáticas verdaderamente pavorosas” que imponen la vanidad y la moda. Y como toda crueldad, tendrá su víctima propiciatoria: más cruel aún, porque aquella madre no solo sufrirá “el ayuno y el desvelo, los sables y las ‘culebras’, la pérdida de la dignidad y de la honra”,<sup>10</sup> sino que será también la causa de la pérdida de su propio hijo, José Joaquín.

En 1910, año de la aparición de *Grandeza*, Tomás tenía 52 años. En veinte años había publicado cinco novelas, siete cuentos,<sup>11</sup> una crónica y algunos autógrafos que merecieron la aparición en algunas revistas de la época. También en letra de imprenta había expresado sus conceptos estéticos y su visión de la literatura: en 1897 con el ensayo crítico sobre la novela *Tierra virgen* de Eduardo Zuleta, “Herejías”; y en 1906 con las “Homilías No. 1 y No. 2” y una carta al poeta Abel Farina, textos que participan de la polémica que por entonces suscitaba el modernismo entre los escritores colombianos.<sup>12</sup>

Diez años transcurrirán antes de ver una nueva novela de Carrasquilla.

## VII

“Por desgracia, tengo que escribir —le dice Tomás a Max Grillo en carta de octubre de 1906—, porque estoy alquilado a los Alphas. ¡Y escribir para publicar! ¡Qué horror! Lo hago por el vil lucro, ni más ni

menos que un ganapán”. Se refería entonces Carrasquilla a *Entrañas de niño*, que publicaba en aquel año. Y aunque no consta que *Grandeza* también haya sido contratada (aunque aquellas palabras preliminares ya citadas, “de tiempo atrás se me viene solicitando”, bien podrían aludir a la paga), sí que desde entonces fue —como él mismo lo afirma en su “Autobiografía”— una “pluma alquilada”. Y muy fructífera por cierto: si se dejan aparte las novelas, más de noventa textos, publicados en diferentes periódicos de la época,<sup>13</sup> tiene en su haber. Textos que bien pueden agruparse en artículos periodísticos para reseñar eventos culturales, en crónicas, ensayos y cuentos.

¡Lástima que se conozca tan poco la obra de Tomás en estos años! Bien puede preciarse la historia de la edición en Colombia de no haber sido avara con las publicaciones de las novelas y de aquellos primeros cuentos de Carrasquilla, pero muy poco ha hecho por recuperar las crónicas que tanto dicen, que expresan un pensamiento liberal rico en matices y una comprensión de la vida entre irónica y nostálgica; por otra parte, pocos se han detenido en considerar los cuentos de esta época y otro tanto le acontece a los ensayos (con excepción de los dedicados a Rubén Darío y a José Asunción Silva).

En un ensayo que no tiene más aspiración que invitar a gozar de la obra de Carrasquilla, resulta obvia la imposibilidad de detenerse en tan extensa labor del autor. Porque si, para no meterse en honduras, se le hace el quite —como ya se hizo con “Herejías” y las “Homilias”— a las reseñas de eventos culturales,<sup>14</sup> a los ensayos y a las crónicas —que ameritan, ellos solos, un artículo aparte—, todavía quedan veintinueve cuentos. Describir rápidamente la anécdota de algunos de ellos debe entenderse, entonces, solo como un gesto complementario a aquella invitación.

Quien guste de las leyendas encontrará a aquel Francisco Vera, “buscarruidos, tramposo, malostratos” y hasta sacrílego que, sin fecha precisa, llegó desde España

hasta tierras antioqueñas y en ellas renació, con versos y todo, en la palabra y en la mímica de los hombres y mujeres del pueblo que —como con Peralta— gozaron con sus trapacerías y el triunfo tan patente de la Virgen de las Mercedes. Y de la misma estirpe, aunque sin genealogía que se conozca, es “El gran premio”: historia de un hombrecito, de un “enfermo de la voluntad” que pasa las congojas de la miseria hasta el día en que, como si obra de brujería fuera, recibe aquel cuarto de cabrito, un pan blanquísimo y una bota de buen vino, todo muy bien aderezado por el ama del cura del lugar. Banquete tan inesperado no habrá de compartirlo con nadie, no importa que sean el mismísimo Jesucristo y la Virgen, su madre, quienes le supliquen. Pero he aquí que se le presenta “el grandísimo Espanto. [...] Trae la armazón muy lustrosa, y muy enhiesta la tiara de pedrería. Pide con la diestra; apóyase con la otra mano en el asta áurea y maciza de su guadaña, mientras le cuelga atrás y le arrastra, como cascada de sangre, el regio manto de escarlata”, y lo que antes ha negado, ahora el hombrecito lo ofrece con la mayor urbanidad. ¡Pero no se crea que es por miedo!... y como la muerte sabe de justicias, lo recompensa con una “excrecencia providente” que con solo tocarla lo proveerá de todo lo que desee (con excepción de la salvación eterna y la resurrección, que no son potestad de tan alta señora); y asegura la leyenda que “por ahí anda triunfante, en perpetua apoteosis” el que una vez fue un bueno para nada.

Si no por la leyenda, por el drama humano: inolvidable resulta “Palonegro”, que ante la decisión desesperada de su amo, comparte el mismo desconsuelo que embarga a la familia campesina que los acoge. O ese Ramón Sila de “Vagabundos”, “figura insignificante [...]”; un vencido sin luchar, que no se queja ni protesta”: cuánta indiferencia arrostra mientras atraviesa la ciudad en busca de su amigo. Tanta desolación hay en “El rifle”, que quien conozca el cuento “Tristeza” de Chejov no puede más que relacionarlos: por la desolación y, también,

por la sobriedad en la descripción y la hondura del sentimiento, que vuelven perdurables la conversación de Iona Potapov con su caballo y la súplica de Tista Arana.

Si por lo regocijado ahí está Luz, “el fruto más lozano y sazonado que hayan dado los huertos de Afrodita”, escándalo para las señoras y tentación para los hombres, que por un capricho que no se explican visitantes ni compañeras, reserva invariablemente lo mejor del domingo para el cachaco y poeta Rodrigo de la Guarda; pero, para tranquilidad de todos, siempre hay un “Diablo Cojuelo, levantatechos de oficio y testigo presencial de toda escena íntima”... O aquel baile donde brillan las hijas de Felicinda viuda de Peraza, que por una vez dejan de ser “prototipos de simplicidad e insignificancia”... hasta cuando a la viuda la pica el microbio de la autobiografía y para las muchachas todo se reduce a “Fulgor de un instante”. Y no se queda atrás esa vieja Sinforosa de “regodeos seniles”, a la que una broma pone en la antepuerta de la muerte.

Si por la exploración de una tesis y la construcción de una parábola, “Tranquilidad filosófica”, “El Superhombre” o “Veinticinco reales de gusto” tienen mucho que decir.

### VIII

No fue solo por alejarse de sus malquerientes que Tomás buscó refugio en el lejano poblado de Argelia de María. Fue también porque la crisis especulativa de 1904, que llevó a la bancarrota al Banco Popular, arrastró con su capital y sus ahorros. Así se lo declara, en la carta ya citada, a Max Grillo:

Has de saber, para que te pongas bien triste, que los señores banqueros y otro ejemplar de probidad de esta tierra gigante, tuvieron a bien dejarme a la luna de Valencia [...]. Ya con la crisis se me había menoscabado bastante la suma, y los remanentes los puse íntegros en depósito, dizque porque me iba a echar la calaverada de irme para Barcelona, “a buscar la vida y con quién casarme”. Cinco meses dejé los intereses, sin sacar un cuadrante, dizque para

que me rindiera hartísimo. ¡Ya ves la Barcelona en lo que paró! A la fecha me queda media casa en Medellín, que nada me produce, porque en ella vive mi familia, y unas acciones en una mina, que me dan una bicoca. En fin: ¡que esto es la pura inopia! Te encarezco que te entristezcas tú por mí, porque nada se me ha dado del fracaso. No voy yo a perder mi encantadora indolencia, por unos tristes billetes. Escribo, pues, y escribiré, si Dios me da salud y la justicia no me prende, por ganar algo, no por otro móvil. [...] Ahí tienes, pues, explicado ese silencio mío que a ti te “olía a mortal desengaño”. No tenía necesidad de trabajar. Hoy lo hago violentándome mucho.

A pesar de sus muchas escribanías, no debieron ser muchos los réditos que recibía Tomás del “alquiler” de su pluma y, así, hubo de pasar del oficio de despensero en la mina al de empleado en el Ministerio de Obras Públicas.

¿Intervino su antiguo compañero de tertulia Carlos E. Restrepo —quien entonces pasaba los últimos meses como presidente de la república— en la consecución del empleo?, ¿o habló por él su amigo Tomás Márquez Bravo, que se había radicado en Bogotá llamado por el general Rafael Uribe Uribe como su secretario privado?<sup>15</sup> Hasta ahora nada se sabe, pero sí que en septiembre de 1914 Tomás empacó sus bártulos y partió a Bogotá, a hacerle “violencia” a su pereza ingénita en aquel ministerio. Por suerte para él que esta violencia no debió ser mucha, pues el empleo no exigía mayores responsabilidades: consistía, hasta donde puede colegirse, en la catalogación y archivo de la correspondencia recibida.

Por cinco años conservó Tomás su empleo, y cuando en 1919 regresa a Medellín trae la bolsa tan vacía como cuando se fue. No podía ser de otra manera: el dinero solo le interesaba como medio para agasajar y agasajarse. Su peculio se le iba en cubrir decentemente las necesidades de su vanidad,



La marquesa de Yolombó, Dominicales y revista El Montañés, cortesía Editorial Universidad de Antioquia

“Por desgracia, tengo que escribir —le dice Tomás a Max Grillo en carta de octubre de 1906—, porque estoy alquilado a los Alphas. ¡Y escribir para publicar! ¡Qué horror! Lo hago por el vil lucro, ni más ni menos que un ganapán”.

asistir a eventos culturales y sociales e invitar a los amigos a bureos nocturnos de conversación, aguardiente y cigarrillo. Así fue durante su juventud, y así llegó a la vejez; por eso, al morir en diciembre de 1940, no tenía más que los remanentes de la herencia de su tía materna, Mercedes Naranjo: la mitad de la casa de Bolivia donde vivía con su familia, la mitad de una bóveda en el Cementerio de San Pedro y la tercera parte de una décima parte de una mina de aluvión situada entre Yolombó y Santodomingo.

## IX

Diez años habían transcurrido desde la publicación de *Grandezza*, cuando en las páginas de *El Espectador* aparece una nueva novela de Tomás titulada *Ligia Cruz* (1920), y a pesar de esos diez años un lector atento, al conocer a doña Ernestina, no podrá evitar la evocación de aquella doña Juana Barrameda de Samudio: hermanas son, si no por la sangre, sí por el desprecio hacia todo lo que huele a campesino y por esos corazones incapaces de albergar otro sentimiento que no sea el de la vanidad y los relumbrones del dinero. Sí, volvía Carrasquilla, como en *Grandezza*, a explorar con sus personajes los “caracteres [...] de cierta clase social de nuestra ilustre Villa de la Candelaria”.

Petrona Cruz, hija única del administrador de la mina que don Silvestre tiene en Segovia —y a la que debe su riqueza— está enferma. El empresario, que es al mismo tiempo su padrino, decide llevarla a su casa de Medellín para ver de proveerle los remedios que necesite. Pero más se demora Petrona en llegar que en recibir el desprecio de Ernestina y sus hijas, y si logra sobrellevarlo es gracias a la delicadeza y al alma compasiva de Andrea (a. Ita), la costurera de la familia (émula de aquellas negras y domésticas de otras obras de Carrasquilla). Fantasiosa e ingenua, Petrona —que luego de ver la película *Quo vadis?* cambia su nombre por el de Ligia— habrá de lidiar con la humillación a la que la someten Ernestina y sus hijas, con la tuberculosis que poco a poco destruye su cuerpo y con un amor que solo está en su mente, enferma también.

Con *El Zarco* —publicado solo dos años después de *Ligia Cruz*—, Tomás abandona literariamente la ciudad y regresa al campo. Y si hasta ahora, por un prurito de brevedad, se han reducido las citas, imposible resulta no transcribir las primeras líneas de la novela:

El humo ha charolado las paredes, las vigas, el interior del techo y el cuero de res que le preserva de las chispas. Cual adornos hieráticos de un rito fúnebre,



ha colgado aquí y acullá, con ayuda de las arañas, mechones y esponjas, encajes y urdimbres, todos esos caprichos del hollín, a veces oscilantes, a veces petrificados. Dijérase que el dios Fuego, en sus arcanos, provee él mismo los paramentos de su culto. ¡Cuán bella y consoladora resulta su llama en ese fondo de negruras!

Quien lea estas pocas frases y sienta que algo como la belleza lo conmueve, podrá adentrarse en la novela con la seguridad que nota tan alta no será desmentida. Y no lo será, porque al alejarse de las “cosas, más o menos artificiosas y contrahechas, que constituyen la sociedad urbana y civilizada” y adentrarse en los avatares de una familia campesina, Carrasquilla regresa a la construcción de personajes que, con su humildad, simbolizan “la poesía de la vida y su significado”.<sup>16</sup> Grande es mano Higinio, con su cariño reposado y su devoción a la Virgen del Carmen y a las Ánimas; y grande es su derrota ante la maldad de aquellos a quienes debía querer. No se quedan atrás Rumalda ni Casimira: la primera hecha de amor y comprensión, y la segunda de gratitud. Será lo que se quiera, pero sin duda los personajes humildes son los preferidos de Tomás, y un logro raramente superado en la historia de la literatura colombiana.



Fernando González y Tomás Carrasquilla

## X

¿Serán lo que hoy llaman “novela histórica”? ¿Serán crónicas noveladas? ¿Cómo situar, en la larga y cada día más confusa historia de los géneros literarios, las dos últimas “novelas” de Carrasquilla, *La marquesa de Yolombó* y *Hace tiempos*? En la primera, personas y personajes se mezclan como si pertenecieran al mismo nivel, y muchos de los hechos narrados los valida el mismo autor. En la segunda, solo viven personajes, pero el espacio en el que se desenvuelven tiene el espesor de la realidad.

En asuntos como este, cada crítico forjará su opinión. Pero en lo que sí podrán ponerse de acuerdo es en la capacidad creadora de Tomás: solo cuatro años después de *El Zarco*, publica *La marquesa de Yolombó* (1926), estampa de una época en la que el rey español era amo y señor de estas sus Américas. Usos y costumbres de entonces son narrados a través de la familia Caballero Moreno que, en representación del rey, ejercía las funciones de autoridad en Yolombó. De esta familia descienden Tomás (aquel sobrino de la marquesa Bárbara Caballero, Martín Moreno, es su bisabuelo materno) y más de uno de los habitantes de Santodomingo. De familia y vecinos escuchó Tomás, en los años lejanos de su infancia y juventud, aquellas historias, y aunque algo debió sacar de “los libracos” que consultó,<sup>17</sup> su escritura es ante todo un esfuerzo sostenido y coherente de rememoración.


¿Será porque en los viejos la memoria antigua manda sobre los acontecimientos banales y cotidianos que ya no le significan al cuerpo desgastado y sometido al imperio de la enfermedad? Después de la publicación de *La marquesa*, Tomás entró en un lento descenso hacia la muerte, y en espera de ella, “tullido y con muchas dolencias de alma y cuerpo”, dictó ese mamotreto que es *Hace tiempos* sobre la “Antioquia de hace ochenta años, en relación con la minería, la pedagogía y los signos generales de ese tiempo”. No tuvo en esta oportunidad el recurso de los “libracos”, fue de memoria. Así lo hace constar el autor en carta a



Miguel Moreno Jaramillo, para pedirle que le represente durante el acto de entrega del premio Vergara y Vergara en 1936:

De la veracidad de las circunstancias y caracteres, de las modalidades en el hablar, de las coplas y canciones, respondo. [...] Haz constar que escribí esto porque sólo un viejo memorioso, testigo de vista, que ha nacido en minas y permanecido en varias como este tu amigo y pariente, puede hablar de la Antioquia que fue.

No sin razón, el lector reencontrará en la construcción de los personajes de *Hace tiempos* el tono “señorero” e idealizado de *Entrañas de niño*, quizás porque como Vira, la abuela de esta novela, cerca ya de la muerte el autor todo lo perdona. Reencontrará también el manejo impecable del lenguaje —reconocido por lectores y críticos—, la construcción de personajes significativos y el colorido, la oportunidad y la precisión en la descripción que caracterizan la totalidad de la obra de Carrasquilla.

Escribía Tomás en los tiempos en que sus coterráneos forjaban la leyenda de la raza antioqueña, de ese “titán laborador” capaz de conquistar al mundo con su viveza y su astucia comercial, y visionario, como todo el que sabe leer en los gestos el alma de la época, construyó personajes y anécdotas que alertaban sobre los peligros ocultos en la leyenda. Como dijo Moreno-Durán, “la peor miseria del hombre no es la enfermedad, el hambre o la pobreza, sino su índole trapacera e ingrata”.<sup>18</sup> 

#### Notas

<sup>1</sup> Vale advertir, para quien lo haya olvidado, que en aquel siglo XIX y en la recién fundada república colombiana —no más de 70 años—, todavía la transmisión de la cultura por medios orales tenía preeminencia, en pueblos grandes y pequeños, sobre el saber “libresco”.

<sup>2</sup> Véase en esta misma revista la “definición” de yoísmo y de amor propio en el “Ideario de Tomás Carrasquilla”.

<sup>3</sup> Johnson, Samuel. *Vida de los poetas ingleses*. Madrid: Cátedra, 1988, p. 252.

<sup>4</sup> Cita tomada de la novela de Carrasquilla *Salve, Regina*.

<sup>5</sup> En *El Porvenir*, febrero de 1903.

<sup>6</sup> En una carta a Max Grillo, de 1898, el mismo Carrasquilla da testimonio de esta malquerencia: “Tiene



Obras completas  
Editorial Bedout.  
Cortesía Editorial  
Universidad de Antioquia

la vida del escritor, como la de todo prójimo que le salga al público, el fastidio azaroso del que está en berlina. [...] Y si el escritor es novelista, y novelista que tome del natural, se le espera —al menos entre nosotros— esta otra delicia, a saber: que ‘usted pintó a fulano, no me lo niegue; que ya supimos quién es menganita; que están vaciados; que zutanejo nos contó de dónde sacó usted ésta y la otra cosa [...]’ En fin, Grillito: el tormento de la suspicacia vulgar, de la necedad terca. En vano protesta el infeliz autor; pues no, señor: la gente está más enterada que él. De mí sé decirte que he pasado la pena negra. [...] En Medellín me echaron de enemigo a una familia entera: les hicieron creer que eran los Alzates, en cuerpo y alma; y ellos, ¡mira qué talento! se dieron por retratados”.

<sup>7</sup> Desde 1958, cuando Benigno A. Gutiérrez introdujo “Carta abierta al Doctor Alfonso Castro” en la edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Carrasquilla, se ha considerado esta carta como del autor. Testimonios posteriores, sin embargo, muestran que su intervención se limitó a la de corrector.

<sup>8</sup> “Adondequiera que uno asome las narices —le escribe Tomás a Max Grillo en este 1906— topa armado el pereque, que ni en un ateneo. Me harta tanto este tema, que ésta ha sido una de las causas porque he cogido el monte”.

<sup>9</sup> Dirigían la revista Mariano Ospina Vásquez, Antonio José Cano y Luis de Greiff.

<sup>10</sup> En “Tonterías”. Para la “definición” de la moda y la vanidad, véase en esta revista el “Ideario de Tomás Carrasquilla”.

<sup>11</sup> Ocho serían con “Mirra”, cuento inconcluso publicado en la revista *Alpha* en 1907, y dedicado a Alfonso Castro “en público desagravio” que, bien visto, es quizá lo más ajeno al carácter de Carrasquilla y al vigor de su lenguaje. Hasta “empalagoso” será.

<sup>12</sup> Algunos de los conceptos expuestos en estos ensayos literarios aparecen en “El ideario”, como un abrebocas para una relectura más comprensiva de la obra de Carrasquilla.

<sup>13</sup> *El Correo Liberal*, *El Liberal*, *El Liberal Ilustrado* y, sobre todo, *El Espectador*.

<sup>14</sup> En cuyas páginas desfilan tanto la compañía teatral de Virginia Fábregas, como las pinturas de Pedro Quijano y Ricardo Gómez Campuzano o la música de Emilio Murillo, Alberto Castilla y Pedro Morales Pino.

<sup>15</sup> Primer director de *El Correo Liberal*, desde 1913 Márquez había abierto las páginas del periódico a Carrasquilla.

<sup>16</sup> Citas tomada del ensayo “¡Ave, oh vulgo!”.

<sup>17</sup> En 1939, en carta a Ricardo Moreno Uribe.

<sup>18</sup> Moreno-Durán, R. H. “Introducción: Donde la muerte pide clemencia”. En: Carrasquilla, Tomás. *En la diestra de Dios Padre*. México: UNAM, 2004, p. xii.